

Marginalia excelsa

JSMartín FLOR



Capítulo 1

marginalia excelsa

Las palabras saltan encima de mi cama como cíclopes de peluche. Rápido levanto los restos de noche que deletrean los fluidos secos de mis recuerdos. Invocaciones de labios rotos me llenan la boca de extinciones nocturnas. Lo poco que me queda de cordura repasa su ración cotidiana de campanarios y techos. Las cobijas de la ciudad recortadas por la literatura desprenden un olor a bosque calcinado. Las plantas achaparradas por el peso de los residuos de la noche incorporan capas de calor a los libros apilados contra la pared. Me repito inimitable en goteos imperceptibles como si nunca hubiera sido temblor. Voy a perseguirte como si no quisiera verte nunca más, volveremos a vernos en el peso centrifugo de la permeabilidad, aclararemos con soplos y encierros la sopa de letras que nos quema por dentro. Animales invertebrados son las palabras que remedan arboles enanos, gorriones resaltando la fauna móvil de los paseos a pie sin hacer ruido ni tomar notas. El amanecer desabrocha el sumiso desenfreno, el traspie indómito del día que vomita el suministro radial de lo previsible. Sobrevivir al hiposo suspirar de los arcanos, sobrevivirme en el silencio que retuerce mis pies como cigarrillos mojados. La calle insalubre que nadie repara reaparece en la insondable recolección del dolor lumbar, en el olor a comida levantando la mano para pedir la palabra cada vez que una puerta se abre. Vuelvo en mis destrozos peculiares, desmoronándome en trocitos de personas que soy. La comedia cósmica, la granizada de formol y cloro, invade lo universal en una perspectiva callejera de bípedos enmascarados .

Mi ropa interior cuelga de la ducha, de las puertas, del respaldo de las sillas. ¿A dónde iré si el perfume de los eucaliptos y el hálito de los alisos se funden en un intento por recaudar de las sombras clavadas en los muros las sobras de la noche? El olor de los mortifios y los chusques empasta la claridad de las sabanas y las cobijas húmedas por el frío. En la cama mis suspiros duermen profundamente en una reverberación de espejos. Para aflorar fuera del tiesto me sacudo febril el cuerpo que me desacomoda por dentro. No estoy lo suficiente adherida a mí y me despego. No sé decir adiós. Llevo entre mis brazos bolsas de opacidad bajando

a velocidad unas escaleras perdidas en la salida de emergencia. Los postes sucesivos seguidos de escalones y un rumor de bicicletas advierten el despilfarro de la intermitencia de las bombillas en la madrugada. El empapelado de flores fucsia que envuelve el cielo se quiebra con una calidad sublime cuando repentinos golpes de calor exhalan animados destellos sobre mi centelleo impercedero. Rellena con harina de otro costal lamento mis vagos retornos, mis maletas olvidadas debajo de la cama. Sobre el precipicio de la espera los jinetes del aire libre descifran la simbología del vapor que tiñe mi sonrisa de barro cocido. Doy unos pasos escupiendo espesas bolitas de saliva. El espasmo muscular de la minoría invisible se expresa en una película de palabras sueltas, en el lenguaje común de la aglomeración, en el amasijo de unos poderes de observación en decadencia.

Mi fuego interior aún a las palabras que he dejado de lado para olvidarme. La calle tapizada de ojos golpea con inercia mis rodillas. El polvo materializa la esperanza en la inabarcable cadencia de la hendidura del paisaje. Detrás de la estufa del remanente agónico de la noche rasco pegotes y manchas en sahumero y aun me queda animo para hacer moños de boronas con mi intransigencia. Las nubes aserradas hacen peligrar a las palomas de morir decapitadas por incomprensibles anhelos. Escapo resbalando hasta el filo renegrido de la esquina donde mi biblioteca en una buhardilla exigua expone su prieta festividad con anotaciones intolerables en los muros, con índices y una recopilación de citas, con palabras arcaicas. En los rosales centenarios diluidos en masas de concreto las encías del silencio escurren silencio y las conversaciones pospuestas aflojan los tornillos del engranaje de piezas sueltas que es migrar sin armadura. Puede ser que no me quede más remedio que hacer moldes de mí misma para repetirme, para quedar calcinada en un trafico de borrones en un libro derretido. La luz irrepetible, las chispas del viento, acarician mi piel esclareciendo el pelambre del colchón de mi rostro sin tender. Miradas que se enroscan cruzando las piernas con los talones, caminar a solas como quien dobla un pañuelo en una caja de recuerdos. Acepta mi ortopedia y mis implantes pero no renuncies a querer cambiarme. Mis pelucas y mis mascarar solo las puedo usar yo. Puedes recoger mis cenizas como si fueran piedras en los zapatos, sorbos de lugares remotos o olor a ropa guardada.

